

Presentación

Lucía Ortiz and Michael Palencia-Roth

En *Legado cultural de Colombia, In Memoriam (2001-2010)*, número especial de la *Revista de Estudios Colombiano*, rendimos homenaje a figuras cumbre de la cultura colombiana que fallecieron en la primera década de nuestro nuevo siglo.¹ Dejaron un legado cultural que servirá a futuras generaciones como base, modelo e inspiración para el estudio de la cultura nacional. Desde diversos ángulos se representan la riqueza cultural compuesta no solo por las raíces hispanas sino también las indígenas y las africanas. Son novelistas y cuentistas, poetas y dramaturgos, historiadores y críticos literarios, sociólogos, ensayistas y periodistas, artistas y cineastas. La mayoría son colombianos de nacimiento. Dos nacieron y vivieron fuera de Colombia, el uno en Francia y el otro en los Estados Unidos, ambos convertidos en colombianistas por amor al pueblo colombiano y su cultura. Una persona nació en España pero desde su adolescencia vivió casi toda su vida en Colombia. Y otra persona, aunque nació en Colombia, vivió tantos años en Alemania que llegó a conocerse como el más alemán de los colombianos.

Los ensayos aquí reunidos, escritos todos con amor y respeto, y no menos con pesar por el silencio de la voz de la figura homenajeada, no son únicamente homenajes. Son estudios críticos, son balances de vida y obra, son, en fin, acercamientos a lo más fundamental de cada figura. Demuestran, además, que estos personajes abrieron puertas a lectores, investigadores y estudiantes, tanto colombianos como extranjeros.

Rafael Humberto Moreno-Durán (1946-2005) y Germán Espinosa (1938-2007), por ejemplo, fueron escritores que supieron alejarse de la tendencia hacia el realismo mágico en la que cayeron muchos escritores bajo la influencia de la enorme sombra del Nobel colombiano, Gabriel García Márquez. Lograron crear obras de tono erudito alejadas del regionalismo y de los temas relacionados con los conflictos de La Violencia para más bien transgredir las fronteras nacionales y producir novelas y otros escritos de ambientes cosmopolitas y de tonos letrados, que revelan la amplitud de sus conocimientos y experiencias. Fernando Cruz Kronfly se centra en *Femina suite*, en donde encuentra lo esencial de Moreno-Durán: su erotismo, la relación amorosa entre hombre y mujer, y especialmente el poder del género femenino sobre el masculino. Cristo Rafael Figueroa Sánchez, a diferencia de Cruz Kronfly, utiliza una perspectiva más amplia, más abarcadora. Resume y comenta muchas obras de Germán Espinosa, encontrando en ellas, a través de varios géneros, una voz simultáneamente universal, latinoamericana y caribeña. Figueroa Sánchez reseña también la última novela de Espinosa, *Aitana*.

En el caso de Elisa Mújica (1918-2003), retratada por Mary C. Berg, y de Silvia Galvis (1945-2009), estudiada en sus aspectos más característicos por Virginia Capote Díaz, nos encontramos frente a la sociedad colombiana representada por

medio de una perspectiva femenina que subvierte a todo paso la visión hegemónica tradicional. Su amplia experiencia en el periodismo, les permite a las dos escritoras documentar historias, tradiciones, cuadros de costumbres, relatos sobre la vida urbana del centro colonial de Bogotá, donde, por lo general, se celebra la perseverancia de la mujer burguesa colombiana enclaustrada en un ambiente de desolación producido ante todo por las expectativas familiares y sociales. Al mismo tiempo el devenir histórico de la nación es representado por las dos escritoras, quienes utilizan la figura de la mujer y recursos como la ironía y la parodia para tratar temas como la violencia a nivel político o a nivel doméstico. Al final de este número especial se encuentra la reseña de José Cardona-López sobre *La mujer que sabía demasiado* de Silvia Galvis.

Elisa Mújica también nos dejó sus cuentos para niños como lo hizo Jairo Aníbal Niño (1941-2010), homenajeado con cariño y nostalgia por Virginia Shen. A un país consumido en el dolor a causa de La Violencia, la crisis económica y la escasez de instituciones que promuevan estabilidad y esperanza para un futuro próspero, Niño le brinda una ventana de aliento en sus cuentos y poemas que se conectan con el corazón infantil y logran inventar un mundo para niños lleno de imaginación y fantasía.

Niño también incursionó en el teatro, creando obras comprometidas social- y políticamente. Sin negar el aporte de este autor al teatro, Colombia tiene en Enrique Buenaventura (1925-2003) al máximo representante del teatro comprometido en toda América Latina. Gracias a su familia, a sus críticos, a sus alumnos, actores y amigos, hoy en día podemos disfrutar su creación tanto en el campo del teatro, como en los de la crítica, la poesía y la pintura, y como muestra de ella, está su autorretrato en la portada de este volumen. Al pensar en ‘Creación Colectiva’, se piensa en Buenaventura, maestro revolucionario que contribuyó a borrar las fronteras entre autor, actor y público, integrándolos a todos al proceso creativo. En un ensayo comprensivo, Beatriz Rizk describe el mestizaje triétnico que identifica a los pueblos de las Américas, y cómo este mestizaje fue puesto en escena por Buenaventura para honrar e informar al público de la riqueza de los aportes de las culturas indígenas, africanas y españolas a la historia y a la construcción de la identidad latinoamericana. El libro de Rizk, titulado *Creación colectiva*, es reseñado por Marina Lamus Obregón.

La influencia de Enrique Buenaventura en su método de creación colectiva y la improvisación atraviesa el escenario teatral y pasa a los escenarios del cine y la televisión con Carlos Mayolo (1945-2007), quien al usar estas técnicas logra un estilo particular e innovador que deja atrás las representaciones costumbristas del cine colombiano que se venían desarrollando hasta el momento. Junto a Luis Ospina y Andrés Caicedo, Mayolo y el grupo de “Caliwood” se consolidó toda una generación que formó las bases del cine y la televisión de hoy día.

Según Gastón Alzate, Mayolo fue pionero en Colombia al integrar la experimentación, la creación colectiva y la mezcla de géneros cinematográficos al contexto colombiano. Por su parte, Arturo Alape (1938-2006) fue uno de los pioneros del género de ‘testimonio’ en el país. Como Mayolo en las artes visuales, Alape se convirtió en cronista de la realidad colombiana por medio del testimonio y la ficción documental. Fue un intelectual comprometido con la izquierda colombiana y con la misión de documentar, desde la voz de sus protagonistas reales, los avatares de la violencia rural y urbana sufrida sobre todo a partir de la época de La Violencia (1946–1963). Camilo Jiménez resume los aportes del escritor en otros géneros como son la novela, el periodismo, la literatura infantil, la poesía, la dramaturgia y el cine.

La mayoría de estos escritores y artistas tienen como punto de encuentro el compromiso social y político con el país. En el centro de todos ellos está la figura de Manuel Zapata Olivella (1920-2004), representado aquí por tres ensayos: un estudio panorámico de Yvonne Captain, un emocionante y para nosotros triste reportaje de Pablo F. Gómez sobre la vida póstuma de la obra del maestro, y una reseña de David Lara Ramos sobre el brillante logro que es la traducción al inglés de la intraducible novela, *Changó el gran putas*. Toda la carrera de Zapata Olivella, tanto en sus obras como en sus actos, muestra su compromiso con la Colombia triétnica alienada desde un principio por las ambiciones de los representantes de la cultura oficial que fomentaban el estudio y la enseñanza de modelos eurocéntricos y que negaban el aporte indígena y negro a la identidad nacional. *Changó el gran putas* es una obra sin precedentes en América Latina, donde la sangre de las venas abiertas de nuestros ancestros africanos se convierte en el origen de la capacidad de resistencia y de recuperación del ser americano. Gracias a la Universidad de Vanderbilt y a los esfuerzos de varias personas, tal como anota Pablo Gómez, el legado de Zapata Olivella no desaparecerá. En dicha universidad se está llevando a cabo la digitación de su archivo, que contiene gran cantidad de sus obras y otros materiales de investigación.

Si la obra de Zapata Olivella constituye una enciclopedia para el estudio de los aportes de la cultura afro-colombiana, los poemas de Matilde Espinosa (1917-2008) integran el imaginario de los pueblos indígenas de Tierradentro, de la cultura nasa y la guambiana. Según Betty Osorio, en los versos de Espinosa las fuerzas de la vida y de la muerte se entretienen a través de símbolos de la naturaleza como el agua, la tierra, y las montañas de la región del Valle del Cauca para crear imágenes que representan el dolor humano y denuncian la injusticia, la opresión y el dolor de ser desalojado de su tierra. La poesía de Espinosa se convierte en parte de un proceso alentador, en una vía de esperanza y de solidaridad para estos pueblos.

Poeta comprometida también lo fue María Mercedes Carranza (1945-2003), además de periodista y promotora cultural como Directora de la Casa de Poesía Silva. De acuerdo con Clara Eugenia Ronderos, su compromiso con el país se revela a través de una estética alejada de eufemismos, metáforas rebuscadas, o la rima clásica para formular una postura de rebeldía ante la patria y ante un sistema que ha excluido a la mujer y ha violentado y traicionado a la nación. Como se presenta en el trabajo de Matilde

Espinosa, el dolor de la voz lírica se transforma en palabras que quedan inmortalizadas en la poesía para convertirse en testimonio y en denuncia, aunque a veces ni el lenguaje poético resulte suficiente para representar el dolor del yo y del otro.

María Mercedes Carranza dividió su vida entre la poesía y el mundo literario de Bogotá. En la costa Atlántica, Meira Delmar (1922-2009) documentó y apoyó la vida cultural de Barranquilla, por la cual trabajó incansablemente durante toda su vida. Inspirada por poetas como Gabriela Mistral, Juana de Ibarbouro, Delmira Agustini y Alfonsina Storni, Meira Delmar convirtió la poesía en proyecto de vida y, como sus maestras, logró sobrepasar los obstáculos presentados por su entorno familiar y social. Nayla Chehade hace un detallado repaso por la obra de la poetisa más reconocida del país para destacar cómo en su lírica supo manejar los temas tradicionales y la métrica clásica, dotándolos de un toque individual y así rindiendo homenaje a la poesía misma. En Meira Delmar como en Carranza la poesía es extensión de su espíritu y personalidad, es reflejo de la entrega total a su vocación.

La crítica Montserrat Ordoñez (1941-2001) cumplió su responsabilidad como mujer y docente, investigadora, poeta, ensayista y traductora, como “un compromiso ético y de género” para renovar la crítica literaria nacional y latinoamericana y fomentar el interés de lectores, investigadores y estudiantes por las obras escritas por mujeres en todo el continente. En un ensayo que se detiene a revelarnos una cara más íntima de Ordoñez, Beatriz Restrepo resalta el rigor de sus investigaciones que contribuyeron a que circularan nuevas y renovadas ediciones de obras de varias autoras colombianas y a recuperar otras como es el caso de Soledad Acosta de Samper.

Un crítico que dedicó la mayor parte de su tiempo a Colombia, a su historia, a su política, su arte, su música y su literatura fue Jacques Gilard (1943-2008). Alcanzó alto prestigio internacional por sus trabajos dedicados a Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Ramón Vinyes, Marvel Moreno y en general al “Grupo de Barranquilla”. Fabio Rodríguez Amaya repasa la extensa obra crítica de Gilard sobre escritores colombianos y latinoamericanos. Montserrat Ordoñez y Jacques Gilard figuran entre los críticos más importantes de la literatura latinoamericana que contribuyeron a que las letras colombianas adquirieran reconocimiento internacional.

El compromiso con la ética, la transparencia, el rigor y la minuciosidad en la investigación les ha costado a muchos escritores, críticos y artistas el reconocimiento otorgado por las instituciones oficiales promotoras de la cultura nacional. Este fue el caso de la pintora Débora Arango (1907-2005), cuya crítica del estado y su sistema de gobierno y su “feminismo combativo” causó la descalificación y el rechazo por parte de las academias e instituciones del arte del país. Según indica Sven Schuster, afortunadamente en los últimos treinta años el interés por parte de investigadores, intelectuales, artistas y escritores por sus acuarelas y óleos ha hecho que su obra se haya revalorizado. Para el crítico los cuadros de Arango sobre la época de La Violencia y su crudeza en la representación de la violencia política y personal muestran lo que las élites siempre han querido esconder. Por eso, su obra ocupa un lugar importante en la memoria colectiva histórica de la nación.

La necesidad de reproducir lo propio como es el caso de Arango, es una constante en la obra del maestro Ómar Rayo (1928-2010) cuyo *maderismo* y *bejuquismo* lo llevó a convertirse en uno de los maestros de la plástica más renombrados a nivel internacional. Los rostros de políticos, figuras públicas y otros artistas fueron caricaturizados en los “leños” de Rayo que también incursionó en el arte metafísico, el surrealismo, la pintura abstracta-geométrica y el racionalismo de corte constructivo. Varias de sus obras también rinden homenaje al arte pre-colombino y a las culturas indígenas de su entorno. En los últimos años de su vida, Rayo se convirtió en gestor cultural clave para el fomento de las artes de la región del Valle del Cauca y en particular de la población de Roldanillo y sus alrededores.

Si para el mundo de las artes plásticas Ómar Rayo es un referente del arte colombiano nacional e internacional durante el siglo XX, Orlando Fals Borda (1925-2008), como lo expone Gonzalo Cataño, fue el sociólogo colombiano *par excellence* y el investigador social de mayor reconocimiento nacional e internacional. Fue un intelectual comprometido, dedicado no sólo al estudio sino también a la acción social, a la política como instrumento de cambio social. Su obra contiene las reflexiones más consultadas sobre el poder, el estado, las clases dirigentes y el alcance de los movimientos sociales en el país. Abogando por una “sociología comprometida”, su discurso rechaza el colonialismo intelectual y opta por una disciplina que maneje los problemas de las regiones colombianas con instrumentos de investigación y propuestas que tengan en cuenta lo propio.

Por su parte David Bushnell (1923-2010) es el referente de donde parten todos los que quieran estudiar la historia de Colombia y sobre todo la Gran Colombia, el siglo diecinueve y la historia política del país. La obra de Bushnell es el resultado del rigor investigativo y el reflejo de una pasión por el conocimiento del país. *Colombia: una nación a pesar de sí misma*, es el texto con el que todos, colombianos y extranjeros que estudian la historia del país, comienzan sus estudios. Rindiéndole homenaje a su maestro y mentor, Herbert (Tico) Braun y Jane Rausch recogen también los testimonios de sus colegas y estudiantes quienes lo recuerdan como una persona de total integridad académica y personal y de gran generosidad con sus conocimientos. Bushnell, además, siempre apoyó a investigadores más jóvenes a quienes sirvió de inspiración para llevar a cabo su trabajo.

Finalmente Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005) es el referente principal en los estudios culturales colombianos de la segunda mitad del siglo XX. Juan Guillermo Gómez García nos ofrece un detenido examen de los aportes de este ensayista, crítico literario y crítico cultural, “pilar de la cultura intelectual de Colombia”, responsable por integrar a los estudios de la literatura, la historia y las ciencias sociales los presupuestos filosóficos universales. La obra sobre Colombia de Gutiérrez Girardot, que según Gómez García comprende unos 70 títulos, invita a reinterpretar la nación. Su perspectiva es a veces bien crítica, pero siempre estimulante e iluminadora y se ven en ella sus esperanzas y hasta sus decepciones sobre el país. La Hemeroteca de la Universidad Nacional de Colombia ha adquirido su extenso archivo personal.

Estas siete mujeres y trece hombres son indispensables para quien quiera entender la cultura de Colombia, el desarrollo de su crítica y de su pensamiento. Leyéndolos, escuchando su poesía o su arte dramático, mirando y apreciando sus obras de arte o su cinematografía, uno llega a entender Colombia. Ellos explican y a veces encarnan en su misma piel la inestabilidad política y la violencia que es la realidad del país. Pero también confirman la existencia y vigencia de la otra realidad que nos rodea y que a veces, cegados por lo negativo, no vemos. Es decir, encarnan la riqueza de nuestra cultura, su lirismo y su pensamiento, en fin su inacabable creatividad.

Nota ¹ Agradecemos la constante ayuda y apoyo de María Mercedes Jaramillo y los consejos de Michael LaRosa.